

Dictado:

<<-Entiendo que quieras olvidarlo, te está pesando el dolor guardado tantos años. La primavera trae nuevos vientos, quizás sean mejores, tal vez te traigan nuevas esperanzas. Desearía que pudieras avanzar, que no dejases de crecer, que no te olvidases de sonreír, aunque hace tanto tiempo que no lo haces. -

Fue un miércoles por la mañana, como tantos, cuando al ir al instituto sentiste que algo no iba bien. Las discusiones en casa martilleaban tus oídos y retumbaban en tu cabeza una y otra vez. Los amigos más cercanos, los pocos amigos, siempre muchachos, siempre extraños, a penas notaban la aureola de tristeza que rodeaba tu mirada. Ojeras profundas que habían conseguido cavarse en tus ya no tan brillantes ojos. Ojeras casi lilas de tantas noches en vela, de tantas lágrimas, de tanta ausencia.

El amor propio estaba herido. Te dolía el corazón y lo amortiguaban tus entrañas. Rabia y rebeldía. <<No quiero hacer clase>>, pensabas en silencio, mientras escuchabas el lejano sonido de la tiza contra la pizarra, <<no quiero estar aquí, no sé que hago aquí>>. Jamás fuiste la mejor estudiante. Jamás la más destacada en algo, en cualquier cosa. Nadie te reconocía. Los profesores, tan cansados de doctrinar a centenares de adolescentes durante tanto tiempo, no querían recordar tu nombre, demasiado largo, demasiado extraño. Se excusaban diciendo que era un nombre tan original que no podían recordarlo. Y tu pensabas, <<está bien, a nadie le importa>>. Pero te importaba, era un golpe más para ti, para tu amor.

El incidente ocurrió esa misma tarde, después del instituto. Llegaste a casa para comer, hambrienta, cansada. Pasaste por el espejo del pasillo. Te viste. Algo se introdujo dentro de tu mirada. Un destello de amargura, un brote de rechazo. <<¡Qué asco! ¿Cómo puedo ser así de fea? ¡¿Cómo puedo estar así de gorda?!>> Lloraste en silencio, muy furiosa contigo misma, sin ánimos para probar nada para comer, no con la de grasa que acumulabas en la barriga, no con esa cara de pan, no comerías nada a menos de que de verdad te hiciera falta.

Parecía un idiotéz que después de haber sido la niña más delgada en la primaria y de haberle robado el corazón a tantos compañeros en clase pensases de esa manera. Pero el pozo estaba cavado y llevaba tu nombre. Solamente un empujón te hizo caer en él. Un pozo profundo, oscuro, largo. Demasiado largo.

Tu padre cumplía ya cinco meses sin volver a casa. Tu querido papi. Papá se había ido para no volver. Mamá se encerraba en su mundo, agobiada por no dejar que el dinero se fuera, había que mantener el dinero sea como sea. Todo tenía un precio. La luz del lavabo demasiado rato encendida, las libretas que durante años te habían ayudado a desahogarte, vulgarmente conocidas como diarios. La ropa de marca a la que siempre estuviste acostumbrada tuvo que dejarse atrás. Los pantalones te comenzaban a ir enormes. Flotabas dentro de ellos. La garganta comenzaba a molestarse de tantos ácidos gástricos fuera de lugar, siempre arriba, siempre volcándose de cabeza, presionados por tus dedos.

Tus hermanos, de los cuales recordabas mejores tiempos, también habían cambiado. A los siete meses desde que papá ya no estaba, el mayor empezó a leer libros "raros". Libros de ocultismo. Libros que le atarían a conocimientos demasiado estrafalarios para un muchacho de diecinueve años. Libros que no le convenían y en los que él se había decidido sumergir. Libros que lo estaban cambiando, que le estaban robando la libertad de pensar por su cuenta.

Al terminar el grado medio salió a trabajar. "El mejor alumno de la promoción abandona sus estudios para trabajar, por que su madre lo necesita, pues su casa se cae a trozos" comunicó su tutor al jefe de estudios.

Aunque todos digan que el menor era aún pequeño para darse cuenta, tu hermanito sabía lo que ocurría y se sumió en el terror. Día y noche sin hablar, lleno de miedo, lleno de angustia. Veía como a mamá se le caía el cabello, de repente ya no era la misma. Cuando papá estaba, al menos sonreía para vosotros, para sus hijitos. Ahora no podía, estaba ocupada, contando céntimos arriba, rascando los bolsillos de todos.

A los ojos de un adolescente de doce años, es difícil ver que su casa se está viniendo abajo. Su hermana mayor, que hasta entonces había sido su compañera de juegos y risas, ahora andaba como una sombra, más muerta que viva, cada día más delgada, cada noche ocupada en el lavabo, él escuchaba detrás de la puerta como tosía de tanta fuerza que hacía para expulsarlo todo y que no quedase nada. Luego, en la litera de abajo escuchaba atento como desfilaban lágrimas y el dolor.

Ya sumaba un año desde que papá se fue. Os ardía el corazón al pensar en los juicios en los que había declarado por escrito no querer volver a veros. Es decir, no quería volver a verte a ti, su niña. Cuanto más tiempo pasaba, más golpes recibía tu alma. Cuantos más golpes recibía, más honda era la caída. Abajo, abajo, abajo.

Al terminar la ESO, sacaste las mejores notas de tu vida. Ningún excelente, tres notables, cinco bienes, un suficiente (¡en matemáticas!) y un suspenso en castellano.

Suspendiste castellano por que la mañana que te examinabas te escapaste del examen para meterte en la boca del lobo: un muchacho que tan sólo una semana antes habías conocido te propuso ir a su casa. Nunca hubieses dicho que intentaría hacerte lo que intentó hacerte, a los quince años aún no pensabas con demasiada claridad. Escapaste de ese pequeño infierno casi milagrosamente, aunque esto no lo sabe nadie más que ese muchacho, tú, que a ratos parece haberlo olvidado y yo.

Ése verano viajaste mucho. Lo necesitabas. Recorristeis, junto a tu mejor amiga, toda la recta que separa Barcelona de Ourense en tren. Noches mágicas a su lado, siempre tan alegre ella, siempre tan loca, proponiéndote aventuras sin fin. Luego otra vez con ella de vuelta a Barcelona para ir a Camprodón, su pueblo.

Durante años habías luchado para conseguirlo. Desde segundo de la ESO habías ansiado vivir un verano allí, pues siempre que tu amiga regresaba no dejaba de restregarte lo genial que era todo y la de nuevos amigos que había conseguido. Veranos, que por otra parte, para ti eran un encierro dentro del pequeño piso sin ventanas en Gracia. Donde por ser una mujer y ser de corta edad tenías vedada la salida por tus padres, si no ibas acompañada por tus hermanos. Pero no querías salir con ellos o ellos no querían salir contigo, así que no salías. Veranos en los que tal vez ibas una o tres veces a la playa. Veranos desperdiciados, según tus amigos del instituto, pero donde descubriste en los libros un fiel refugio.

¿Quién diría, que el viaje más deseado de tu temprana adolescencia hubiera de acabar rompiéndote la única amistad femenina que habías logrado conseguir? Pero, ¿cómo ibas a sospechar que te dejaría encerrada en un piso, ebria, con un muchacho, más bien, con un hombre, a las once de la noche? ¿A caso no sabía que si te dejaba sola podía ocurrir una

desgracia? Y tuviste que encerrarte en el lavabo hasta que a tu amiga se le ocurriera regresar...

Claro que, por aquél entonces, tampoco era su culpa. Ella te creía desvirgada, sin pudor, una cualquiera. Lo que ella no sabía es que al saltarte el examen de castellano para hacer esa visita, en el último momento, cuando te viste frente a aquél muchacho de dieciséis años completamente desnuda, te acobardaste y preferiste regresar a casa. Al ver el enfado que provocaste en el pobre muchacho, tan dispuesto a todo, sólo tuviste tiempo de salir por la puerta y terminar de calzarte en el ascensor de aquella finca tan lujosa. Así que en el fondo no era tan culpable o sí lo era, pero fuera como fuera, te dejó sola. Tu mejor amiga te dejó sola.

Ese verano recibiste uno de los golpes que marcaron tu vida para siempre, el golpe de la desconfianza, ése que ya no se recupera aunque lo desees con fuerza. El fin de una preciosa amistad.

El verano terminó y empezaste a ir al nuevo instituto, que prometía darte una nueva oportunidad para lavar tu rostro y resplandecer, ser inocente, jamás haber lastimado o haber sido lastimada. El bachillerato artístico. Qué risas. Qué personas tan diferentes, que iguales a ti. Qué contenta estabas de haber dejado atrás el pasado. Las sombras del dolor regresaban sólo por las noches, por lo que deseabas la luz del sol como la tierra seca desea el agua.

Y sólo cuando te dignaste a mirarme ocurrió el auténtico milagro: a principios de octubre, sin que tú lo desearas, entraste a mi vida casi forzada. Recuerdo que caíste rendida al encontrarme, sollozando.

Desde hacía mucho tiempo que tu sospechabas de mí, mirabas las estrellas y hablabas con la nada, preguntabas lo que nunca te atreviste a preguntar. Tu monólogo mirando al cielo duró un año entero. Cientos de preguntas lanzadas al vacío, sin esperar respuesta. Si yo existía, debía de estar en alguna parte. Si yo existía, tenía que dar la cara y responder. Si yo era el que te había explicado tu madre cuando eras niña, tenía que vivir allí arriba, con las estrellas, los ángeles, junto a la luna. Te observaba hablar sabiendo que no querías respuesta alguna. Escuché como llorabas por tu papá. Estuve contigo cuando te odiabas. Y no me conocías.

Cuando tu madre, cansada del camino que estaba llevando, levantó sus manos hacia mí, la miré complacido, contento. Era hora de actuar en tu vida, preciosa mía. Era el momento adecuado aunque a ti no te lo parecía. Te arranqué de raíz de tu mundo y te planté justo a tiempo en el mío.

Descongelé tu corazón rodeándote de amistades sinceras. De abrazos de comprensión. Nunca olvidaré aquél uno de noviembre, cuando llorando como una niña destetada te acercaste a mí, me hablaste por primera vez, me pediste ayuda, consejo, abrigo. En tan sólo un año has conseguido vencer la anorexia y la bulimia. Has descubierto mi secreto: mi amor por ti. Has dado un paso firme en pos mía y yo me he acercado a ti.

Hoy tu mundo no es igual. Tu papá, que tanto echaste en falta, sigue sin aparecer. Pero aquí me tienes, dispuesto a darte el doble de lo que él jamás te pudo dar. Tu madre ha cambiado. Ahora es feliz, se ríe complacida, tranquila. No trabaja tanto y encuentra más descanso. Tus hermanos son ahora tus mejores amigos. Cómplices de lo que he hecho en ti, en vuestra casa, en vuestra vida.

Vosotros sois, en pocas palabras, unos pequeños valientes. Seres que pasaron de ser invisibles a ser invencibles, por estar conmigo. Por dejarme ser vuestro amigo.

Esto te lo dicto, para que sepas, que yo estuve allí en tus malos y en tus peores momentos. Te dicto esto al corazón, para que sepas que estaré aquí, habitando dentro de ti y te daré fuerzas, hasta que vuelva a recogerte. Por que aunque tus ojos no me puedan ver, ni tus manos puedan tocar mi rostro, me puedes sentir, sabes que estoy aquí. No te apartes de mis caminos, guarda mis estatutos, sé obediente a mi voz, tú eres mi hija, tú eres mi sueño.

En cuanto a mis planes contigo, voy a serte leal. No te revelaré nada, espera a mi tiempo. Al fin, tu llanto a sido consolado. Al fin, sabes con quién puedes contar, en quién debes confiar. Tu nombre te lo ha de recordar siempre: Abigail, la alegría del Padre. Soy tu padre. Tu Padre Celestial.

Ahora, pequeña, sé valiente, aguanta, que aún son muchos los que tienen que conocerme. Enséñales lo que hice yo por ti. Hablales de mi. >>

Yo soy Abigail. Mi Dios me ha amado a mí. Esto no es mentira, no es imaginación. Esto es mi vida y no tengo ningún temor en recordarlo. He de admitir que a veces me da miedo el pasado, porque yo, como todos, tengo algo que preferiría ocultar. Sólo sé, que más allá de la frontera que cualquiera puede hallar, en el fondo más oscuro del mar, donde nadie a llegado, Jesús ha enterrado mi maldad. No sé quién leerá esto, no sé si me creerá. Intento descubrirme a mi misma entre estas pocas líneas. No busco un premio, ni si quiera un reconocimiento. He aprovechado este momento, para decirte a ti que me lees, que Dios vive. Que Dios sigue hablando, que sigue contestando. Que hoy sigue habiendo gente, como yo, como mucha más, que busca de él. Si tal vez te sientes solo, o sola, y triste, como un día yo me sentí, libérate de esas cadenas, acercate a él, confía en él y él hará.

Josselyn Abigail Chávez Pozo

Hoy, 10 de abril del 2011-